



CAPITULO II.

Ojeada retrospectiva.—Obra de la conquista antes de la llegada de las misiones.—Falta de documentos históricos hasta fines del siglo XVI.

No cabe poner en duda el grado de adelantamiento y prosperidad á que llegaron los primeros habitantes del país, de quienes la historia conserva un recuerdo exacto.

Si los aztecas ó mexicanos constituían una nación civilizada, en cuyo seno se cultivaban las letras, las artes y las ciencias; en donde se rendía tributo al mérito, se practicaban las virtudes privadas y públicas y se castigaba el vicio con rigor; y esos mismos aztecas juzgaban civilizada á Cuetlaxtlan: es evidente que la diferencia entre los dos pueblos no debió ser muy grande.

Por otra parte, aquellas dos civilizaciones provenían de una fuente común, por lo que necesariamente debieron tener muchos puntos de contacto.

Lo que sabemos de los usos y costumbres de Cuetlaxtlan, de su gobierno y de sus creencias religiosas, muestra evidentemente que el señorío cuexteco no era sino una rama perteneciente á un solo tronco. No teniendo, por esto mismo, particularidad ninguna que señalar, vana sería la tarea de hacer nuevamente un cuadro que otros han acabado magistralmente.

Lo mismo que con Cuetlaxtlan acontecía con Cuauhtochco y Ahuilizapan. La conquista de Moctezuma I no hizo, pues, mas que fundir en un cuerpo único, las partes dispersas por la casualidad ó las vicisitudes humanas.

Aquel estado de prosperidad se perdió, sin embargo, bien pronto después de que las huestes españolas se enseñorearon del país.

Avidos de riquezas los conquistadores europeos, su

primer cuidado fué destruir los obstáculos que pudieran encontrar sus designios, y creyeron que era obstáculo para dominar con holgura, no sólo las instituciones y las creencias, sino también los individuos y las cosas. El país se despobló á grandes pasos; olvidóse su historia, despedazáronse sus monumentos, y su civilización se perdió enteramente. Esa civilización, primitiva y original, no pudo en consecuencia amalgamarse con la civilización exótica que trajeron más tarde los primeros misioneros españoles.

Consumada la conquista de México, los compañeros de Cortez se apresuraron á repartirse las tierras, en calidad de señores absolutos. Los repartimientos ó encomiendas dieron lugar á multitud de disturbios y disputas entre los mismos españoles, desórdenes que naturalmente refluieron en contra de los indios.

Gonzalo de Sandoval fué el primero que hizo repartimientos, después de haber sometido á Cuertlaxtlan, Cuautocheo y Ahuilizapan, y de haber llevado sus armas hasta Tochtepec, que se mostraba hostil á los conquistadores.

Ignoramos á quien tocó en suerte la rica comarca que hoy llamamos Córdoba, pero ya sea que la haya poseído éste ó aquel, es indudable que las encomiendas tuvieron en ella el mismo repugnante aspecto que en el resto de la Colonia.

La ferocidad de los conquistadores consideraba á los encomendados como cosa propia, de la que podían usar á su capricho. Los tributos que se exigía de ellos eran exagerados, y más exagerados los trabajos personales que se les obligaba á ejecutar. Sucedió con frecuencia que morían en poco tiempo centenares y aun millares de indios, agobiados de fatiga, sin que sus amos diesen muestras de la más ligera compasión.

Los encomendados eran, sin embargo, los mejor tratados. A los indios de las encomiendas seguían, en escala descendente, los naborios, á quienes se les herraba en el muslo con un hierro candente. Después de los naborios se encontraban los esclavos propiamente dichos, que ostentaban la marca de la esclavitud en una mejilla: entre estos desgraciados no se tenía conmiseración ni aun de los niños de teta, quienes también eran inhumanamente herrados.

No se libraban de la esclavitud ni los mismos hijos ó parientes de los antiguos señores, pues cuando á un conquistador le ocurría obtener ganancias en los mercados de esclavos, exigía de los naturales que le entregasen el número de individuos que deseaba. Hubo infeliz que de este modo se vió obligado á presentar á los mismos hijos de su sangre.

En otras ocasiones se declaraba esclavo á un indio, con el fútil pretexto de que era hijo, nieto ó descen-

diente de esclavo de los primitivos señores del Anáhuac; ó bien por deudas insignificantes.

Las mujeres hermosas sufrían igualmente la tiranía de sus dominadores. Estas eran, ó bien arrebatadas por particulares para que sirviesen á sus placeres, ó bien secuestradas por mercaderes para venderlas en almoneda pública. Fueron víctimas de este inmoral é infame tráfico principalmente las jóvenes de las clases elevadas.

La consecuencia de todo esto fué la rápida despoblación del país conquistado. De los señoríos de Cuetlaxtlan y Cuautocheo no quedaron más que Huatusco erigido en cabeza de una alcaldía mayor, y los pequeños pueblos de Tepatlaxco, Cuezcomatepec, Tomatlán, Chocamán y algunos más, que constituyeron repúblicas de indios. El resto del territorio lo formaban campos sin cultivo ó intrincadas selvas, en donde raras veces se asentaba el pié de los hombres. Hubo pueblos, como Totutla, que desaparecieron para siempre.

El desbordamiento de los conquistadores no comenzó á calmarse un poco sino hasta la llegada del obispo Fuenleal, presidente de la segunda Audiencia. El primer virey D. Antonio de Mendoza continuó la obra de Fuenleal, pero sin lograr hacer sentir su autoridad más allá de la capital de la Nueva España. Ver-

daderamente las atrocidades de los encomenderos y de sus mayordomos no se logró enfrenarlas sino mucho después, cuando los afanes de ciertos frailes bien intencionados consiguieron interesar á la metrópoli.

La reina Isabel la Católica había declarado en su testamento que los indios de América eran libres. De todo se hizo caso, menos de la última voluntad de la célebre reina de Castilla: era imposible que los españoles pensasen siquiera en ello, dado que el mismo Felipe II envió á México el modelo de la marca que había de servir para herrar en la mejilla á los indios esclavos.

En tanto que duró semejante estado de cosas, ignoramos, por falta de documentos, las minuciosidades de la historia de la comarca. El único hecho innegable es que el país se mantuvo en paz durante una larga serie de años. Los relativamente pocos indios que no fueron destruidos, ó que vagaban en las soledades de los bosques se mantuvieron sumisos, atemorizados tal vez por la manera que los conquistadores tenían de sofocar las rebeliones de los naturales (1),

(1) A los vencidos se les hacía esclavos, se les quemaba vivos ó se les *aperreaba*, es decir, se les hacía devorar por perros feroces. Esos mismos perros entraban en campaña lo mismo contra los indios como, después, contra los negros cimarrones.

y degenerándose paulatina y gradualmente, tanto por la indolencia que se apoderó de ellos, cuanto por la educación que trataron de darles las autoridades y los misioneros.

Al terminar el siglo XVI la región cordobesa pertenecía casi toda al partido de Huatusco, cuyo alcalde mayor extendía su poder hasta los límites al este con las tierras que estaban bajo la inmediata jurisdicción de la Villa Rica de Veracruz.



CAPITULO III.

Desarrollo de la esclavitud africana.—Los negros cimarrones.—Insurrección del Yanga.—Organización de su pueblo.—Alarma en México por el alzamiento de esclavos.—Envía el virey una división de tropas contra los negros.—Carta del Yanga al capitán Herrera.—Combate entre los esclavos y las fuerzas vireinales.—Sumisión del Yanga.—Fundación de San Lorenzo Cerralvo.

La esclavitud de los indios no fué del agrado de varios vireyes, principalmente de D. Antonio de Mendoza y D. Luis de Velasco, quienes trataron con empeño de sustituirla con la esclavitud de africanos.